

William Faulkner

¡Absalón, Absalón!



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Absalom, Absalom!*
Traducción de Beatriz Florencia Nelson

Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Random House, un sello editorial de Random House, una división de Random House LLC.

Primera edición: 1971
Cuarta edición: 2014
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Retrato de Sir Henry Morton Stanley (h. 1880)
© Hulton-Deutsch Collection / Corbis / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1986 by Jill Faulkner Summer
© de la traducción: Grupo Editorial Planeta S. A. I. C. - Argentina
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8606-6
Depósito legal: M. 2.959-2014
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Capítulo 1
- 38 Capítulo 2
- 68 Capítulo 3
- 100 Capítulo 4
- 151 Capítulo 5
- 197 Capítulo 6
- 247 Capítulo 7
- 330 Capítulo 8
- 404 Capítulo 9

- 427 Cronología

- 429 Plantación de Thomas Sutpen

- 430 Genealogía

Nota de la traductora:

He tratado de seguir el original, aun en aquellos casos en que el autor utiliza neologismos de su invención, por ejemplo: «nohusband» (no-esposo), «notpeople» (no-gente), etc. He mantenido, asimismo, las largas tiradas, llenas de incisos, que caracterizan la compleja prosa de Faulkner: de ahí el tono ocasionalmente pesado de esta prosa, inevitable al traducir mediante polisílabos castellanos los breves vocablos ingleses. La traducción ha conservado fielmente el complicado estilo del autor; pero, para no hacer la lectura más enrevesada, he modificado muchas de las rarezas de puntuación. Entre otras, señalaré los extensos paréntesis que abarcan varios párrafos o páginas, y empiezan y acaban en las formas más impensadas.

Capítulo 1

Desde las dos, aproximadamente, hasta la puesta del sol, permanecieron sentados, aquella sofocante y pesada tarde de septiembre, en lo que la señorita Coldfield seguía llamando «el despacho» por haberlo así llamado su padre: una habitación cálida, oscura, sin ventilación, cuyas ventanas y celosías continuaban cerradas desde hacía cuarenta y tres veranos, porque, allá en su niñez, alguien opinaba que el aire en movimiento y la luz producen calor, mientras que la penumbra resulta siempre más fresca. A medida que el sol daba más de lleno sobre ese costado de la casa, la habitación se iluminaba de rayos horizontales y amarillentos que dejaban ver innumerables partículas de polvo. Quentin pensó que serían, sin duda, escamas de la viejísima pintura descolorida, desprendidas de la madera resquebrajada y empujadas hacia el interior por una fuerza semejante a la del viento. Una guía de glicinas florecía por segunda vez en aquel estío, y trepaba por un enrejado que se divisaba frente a la ventana; los gorriones llegaban y partían en banda-

das, sin orden ni concierto, produciendo un rumor seco y polvoriento al levantar el vuelo. Frente a Quentin se hallaba la señorita Coldfield, con su sempiterno traje de luto, que llevaba desde hacía cuarenta y tres años, aunque nadie sabía si era por su padre, hermana o no-marido; erecta y rígida, ocupaba una silla de duro asiento, tan alta para ella que sus piernas, sin llegar al suelo, pendían rectas y verticales como si los huesos de sus tobillos y pantorrillas estuviesen fundidos en hierro, lo que les daba el aire de rabia impotente que tienen los pies infantiles. Hablaba con voz áspera, huraña, asombrada, y al final toda atención cesaba, el poder auditivo se confundía a sí mismo y el objeto de su impotente pero indomable fracaso –aunque había muerto años atrás– aparecía, como evocado por esa indignada requisitoria, sereno, distraído e inofensivo, brotando del polvo paciente, soñador y victorioso.

Su voz no cesaba: se esfumaba. Allí estaba la penumbra suave con un leve aroma mortuorio, dulzona por la presencia de las glicinas dos veces florecidas al contacto ardoroso y sereno del sol de septiembre sobre las paredes exteriores, destilado e hiperdestilado, y el sonoro y melancólico revolotear de los gorriones entre sus ramas, semejante al ruido de un palo flexible agitado sin tregua por algún chicuelo ocioso, y el aroma rancio de aquella avejentada carne de mujer, endurecida a través de larga virginidad, mientras el huraño rostro desvaído lo contemplaba por encima del borroso triángulo de encajes que adornaban su garganta y sus muñecas, desde aquella silla demasiado alta en que parecía un niño crucificado, la voz no callaba, sino que se esfumaba, yendo y viniendo a largos intervalos como un hilo de agua que corriera de un banco de arena seca a otro, y el fantasma meditaba con incorpórea docilidad, como si fuera

esa voz que él embrujaba donde otro más afortunado hubiera encontrado un hogar.

Salía de un trueno silencioso y, bruscamente (hombre-corcel-demonio), invadía la escena tranquila y convencional como una de esas acuarelas que premian en las exposiciones escolares; sus ropas, cabello y barba olían ligeramente a azufre, y tras él se agrupaba su tropel de negros salvajes, fieras a medio domesticar a quienes se les enseñó a caminar erectas como hombres, en actitudes salvajes y reposadas; en medio de ellos, maniatado, aquel arquitecto francés con su aire severo, huraño y andrajoso. El jinete permanecía inmóvil, barbado, mostraba las palmas de sus manos; detrás, los negros salvajes y el arquitecto cautivo se apretujaban en silencio, llevando en una paradoja incruenta las palas, picas y azadas de la conquista pacífica. Luego, en su largo no-asombro, Quentin vio cómo dominaban silenciosamente las cien millas cuadradas de tierra tranquila y atónita, cómo extraían de la Nada silenciosa, con violento esfuerzo, una casa y un parque, y los arrojaban como barajas sobre una mesa bajo la mirada del personaje pontifical de las palmas elevadas, para crear el Ciento de Sutpen¹, el *Hágase el Ciento de Sutpen*, como antiguamente se dijo *Hágase la Luz*. Y su oído se reconciliaba, y le parecía escuchar a dos Quentins diferentes: el Quentin Compson que se preparaba a ir a Harvard, al Sur, a ese inmenso Sur, muerto desde 1865, poblado de fantasmas quejumbrosos, ofendidos, desconcertados; oyendo, obligado a oír, a uno de esos espectros que había tardado más que todos los otros en buscar su reposo y que le hablaba de rancios tiempos espectrales y el Quentin Compson que era todavía

1. En el original Sutpen's Hundred, en referencia a las 100 millas cuadradas de la plantación. (Nota del Ed.)

demasiado joven para merecer convertirse en fantasma, pero forzado a serlo, ya que había nacido y se había educado en ese Sur inmenso, lo mismo que ella; los dos Quentins diferentes se hablaban en un largo silencio de no-gente, en un no-lenguaje semejante a éste: *Al parecer, este demonio se llamaba Sutpen (el Coronel Sutpen). El Coronel Sutpen. Que vino no se sabe de dónde y sin anunciarse, con una banda de negros vagabundos, y llevó a cabo una plantación. (Arrancó violentamente una plantación, según dice la señorita Rosa Coldfield.) La arrancó violentamente. Y se casó con su hermana Ellen y engendró una hija y un hijo. (Los engendró sin cariño, dice la señorita Rosa Coldfield.) Sin cariño. Ellos, que debían de haber sido su orgullo, el escudo y consuelo de su vejez. (Pero ellos lo aniquilaron, o algo así; o fue él quien los destruyó a ellos, o algo así. Y murieron.) Murieron. Sin ser llorados por nadie, dice la señorita Rosa Coldfield. (Salvo por ella.) Sí, salvo por ella. (Y por Quentin Compson.) Sí, por Quentin Compson.*

—Puesto que va usted a estudiar a la Universidad de Harvard, según me han dicho —dijo la señorita Coldfield—, me imagino que nunca volverá por aquí para instalarse en una ciudad insignificante como Jefferson, ya que los del Norte se han arreglado para que no quede aquí nada para los jóvenes. Quizá siga usted la carrera literaria, como lo hacen hoy en día tantas damas y caballeros del Sur, y puede ser que algún día recuerde usted esto y escriba algo acerca de ello. Supongo que ya estará casado para entonces, y cuando su mujer necesite un vestido nuevo o una silla, escriba usted algo de cuanto le he dicho y envíelo a las revistas. Quizá recuerde entonces con afecto a esta anciana que le obligó a pasarse toda una tarde encerrado y entre cuatro paredes, y a oírle hablar de personas y acontecimientos que usted tuvo la suerte de no conocer, cuando probablemente quería estar al aire libre, entre amigos de su edad.

—Sí, señora —repuso Quentin—. *Pero no es eso lo que quiere decir, pensó. Lo que desea es que se sepa.*

Todavía era temprano en aquel momento. Aún tenía en el bolsillo la misiva que le había entregado poco antes del mediodía un negrito, con la invitación de visitarle: ruego ceremonioso, raro, que parecía más bien una orden, casi una llamada del otro mundo; aquella hoja extraña, arcaica de papel de esquila, cubierta por una escritura esmerada, marchita, trabajosa, en la cual —asombrado ante semejante ruego de una mujer que triplicaba su edad y a la que había conocido desde su infancia sin haber cambiado más de cien palabras con ella, o quizá por el hecho de no contar sino veinte años— no había adivinado el temperamento frío, implacable y hasta cruel. Obedeció la orden inmediatamente después del almuerzo, y recorrió la media milla que separaba su casa de la de la señorita Coldfield a través del calor seco y polvoriento de comienzos de septiembre. Entró en la casa. También ella —despintada, turbia y de dos plantas— parecía más pequeña de lo que era; pero con un aire, un empaque de austera resistencia, como si ella, lo mismo que su ama, hubiese sido creada para un mundo más reducido del que actualmente la rodeaba. Allí, en la semioscuridad del cerrado vestíbulo, cuyo ambiente era más sofocante aún que el de la calle, como si hubieran quedado aprisionados en él como en un sepulcro todos los suspiros del lento tiempo tórrido transcurrido en esos cuarenta y cinco años, le esperaba, para invitarle a pasar adentro, la pequeña silueta vestida de negro que ni siquiera hacía crujir la seda de su traje, el desvaído triángulo de blonda en la garganta y alrededor de las muñecas, la borrosa cara que lo miraba con expresión reflexiva, atenta y suplicante.

Lo que ella quiere, pensó, es que se sepa, para que gentes que ella no verá jamás, cuyos nombres nunca llegarán a su

oído, gentes que ni han oído su nombre ni han visto su rostro, lo lean y sepan por fin por qué permitió Dios que perdiésemos la guerra, sólo mediante la sangre de nuestros hombres y las lágrimas de nuestras mujeres pudo Él contener a ese demonio y borrar su recuerdo y su estirpe de la faz de la tierra.

Luego, casi inmediatamente, resolvió que tampoco era éste el motivo que movió a la señorita Coldfield a enviarle la misiva: ¿por qué elegirle a él si no deseaba otra cosa que difundir el hecho, verlo escrito y hasta impreso? No necesitaba para ello recurrir a nadie, ya que desde los tiempos de la juventud de su padre (el de Quentin) se había hecho conocer como poetisa laureada de la ciudad y del Estado mismo, al enviar a la reducida y severa lista de suscripciones del periódico local poemas, odas, panegíricos y epitafios brotados de una acerba e implacable reserva de energía nunca derrotada.

Pasarían tres horas antes de que supiese el motivo de la llamada, ya que Quentin conocía perfectamente la primera parte de la historia. Formaba parte de su herencia, de esos veinte años en que había respirado el mismo aire y oído a su padre hablar de Sutpen; formaba parte de la herencia de la ciudad de Jefferson, caudal de ochenta años del mismo aire que había respirado aquel hombre en el período transcurrido entre esa tarde de septiembre de 1909 y aquella mañana dominical de junio, en 1833, en que, saliendo de un pasado incógnito, penetró a caballo en la ciudad y adquirió aquella propiedad –nadie supo cómo– y construyó su casa, su mansión, sacándola al parecer de la nada, y se casó con Ellen Coldfield y engendró a sus dos hijos (el hijo que dejó viuda a su hermana, sin haberse desposado) y prosiguió así su camino hasta llegar a un violento (y justo, como hubiese dicho sin duda la señorita Coldfield) final.

Quentin había crecido entre todo ello; hasta los nombres mismos eran intercambiables y sumaban millares. Su niñez

estaba poblada de nombres; su propio cuerpo era como un salón vacío lleno de ecos de sonoros nombres derrotados; él no era un ser, una persona, en una comunidad. Era un co-bertizo lleno de espectros tercios que miraban hacia atrás y que –después de cuarenta y tres años– no se habían repuesto de la fiebre que había curado el mal; despertaban de la fiebre sin sospechar que habían estado luchando contra ella, no contra la enfermedad misma, y contemplaban con recalitrante tozudez el pasado, más allá de la fiebre, veían la dolencia con verdadera nostalgia; debilitados por la fiebre, pero curados al fin, no comprendían que su libertad era la de la impotencia.

–¿Por qué tuvo que contármelo todo? –preguntó ella esa tarde a su padre, cuando regresó a casa, después que por fin lo despidió, haciéndole prometer que volvería a buscarla en el cochecito–; ¿por qué contármelo a mí? ¿Qué me importa que la propiedad, o la tierra, o aquello que acabó por cansarse de él se volviera en su contra y lo aniquilase? ¿Qué me importa que también aniquilase a su familia? ¡Algún día se volverá y nos destruirá a todos, llamémonos Coldfield, Sutpen o lo que fuere!

–¡Ah! –repuso el señor Compson–. Hace largos años nosotros, los sureños, convertimos a nuestras mujeres en damas. Luego vino la guerra y las damas se transformaron en espectros. Siendo, como somos, caballeros, ¿qué otro remedio nos queda sino escuchar a las espectrales señoras? –luego añadió–: ¿Quieres saber la verdadera razón por la cual te eligió a ti? –estaban sentados en el corredor, terminada la cena, esperando que llegase la hora fijada por la señorita Coldfield para que Quentin fuese a buscarla–. Porque necesitará alguien que la acompañe: un hombre, un caballero, pero lo bastante joven como para hacer lo que

ella desea en la forma que ella desea. Y te eligió porque tu abuelo fue el único amigo, o cosa semejante, que tuvo Sutpen en estos contornos, y probablemente cree que Sutpen le dijo algo acerca de ella y de ese compromiso que no comprometió, y de esa promesa que no tuvo su cumplimiento. Quizá hasta le dijo a tu abuelo el motivo por el cual ella se negó, por último, a casarse con él. Y tu abuelo podría habérmelo dicho, y yo podría habértelo referido. Por eso, en cierto sentido, suceda lo que suceda esta noche, el asunto quedará en la familia; el esqueleto (si es que existe tal esqueleto) continuará en la alacena familiar. Es posible que crea que si no hubiera sido por la amistad de tu abuelo, Sutpen no hubiera logrado arraigar aquí; y que, aunque se hubiese instalado por fin, no habría podido casarse con Ellen. Supongo que te considera parcialmente responsable, hereditariamente, de lo que sufrieron ella y su familia por culpa de Sutpen.

«Sea cual fuere la razón para elegirme, sea ésa u otra cualquiera –pensaba Quentin–, lo cierto es que tarda mucho en ir al grano.»

Mientras tanto, en razón inversa a la voz que se desvanecía, el fantasma evocado de aquel hombre, a quien ella no podía perdonar y del cual tampoco podía vengarse, comenzó a adquirir solidez, permanencia. Circundado por el efluvio infernal que él mismo recorría, meditaba (meditaba, pensaba, parecía dotado de sagacidad, como si, aunque se viese privado de la paz –inexpugnable a pesar de todo a la fatiga– que ella le negaba, permaneciese, sin embargo, fuera del radio de todo daño venido de ella) con aire apacible, inofensivo ahora y hasta distraído a ratos; aquel ogro que, mientras la voz de la señorita Coldfield proseguía su relato, dio a luz de sí mismo ante los ojos de Quentin los dos niños

semiogros, y los tres formaron un fondo sombrío para el cuarto. Era la madre, Ellen, la hermana muerta: esa Niobe sin lágrimas que había concebido, en una suerte de pesadilla, de aquel demonio; y que, viva aún, se había movido sin vida y había sufrido sin llanto. Ahora tenía un aire de tranquila y estúpida desolación, y no parecía haber sobrevivido a los demás o haber muerto prematuramente: parecía no haber vivido nunca.

Quentin creía verlos, los cuatro dispuestos en uno de esos grupos familiares convencionales de la época, con estiramiento ceremonioso e inerte: y los veía como si la borrosa y antigua fotografía, ampliada y colgada del muro, estuviese detrás de la voz —cuya dueña no se percataba de su existencia—, como si ella (la señorita Coldfield) no hubiese visto jamás la habitación; ese cuadro, ese grupo, tenía algo de extraño, contradictorio e inquietante, algo que no se comprendía del todo, algo maléfico que advertía el mismo Quentin, a pesar de sus veinte años: el último de sus miembros había muerto hacía veinticinco años, el primero llevaba ya cincuenta años en la tumba, y ese grupo era evocado ahora en la penumbra asfixiante de la casa muerta, entre la dureza implacable de la anciana que no perdonaba y la pasiva impaciencia de un jovencuelo de veinte años que se decía, sin palabras:

Quizá sea necesario conocer muy bien a la gente para quererla, pero cuando se ha odiado a alguien por espacio de cuarenta y tres años, también se le conoce perfectamente; y tal vez sea mucho mejor así, ya que, transcurridos cuarenta y tres años, nadie puede sorprenderle ya a uno, ni causarle mucha alegría ni mucha rabia.

«Tal vez (la voz, la narración, el asombro incrédulo e intolerable) existiera en otro tiempo un clamor», pensó Quen-

tin, «hace mucho, cuando ella era una niña, joven e indómita en su carencia de remordimientos, una rebelión contra la ciega circunstancia y la salvaje realidad; pero ahora, no: ahora sólo quedaba la vieja carne femenina, solitaria y frustrada, endurecida a través de cuarenta y tres años de idéntica injuria, la anciana que no perdonaba, ultrajada por aquella afrenta definitiva y postrera que fue la muerte de Sutpen.»

—No era un caballero. No era precisamente un caballero. Se presentó aquí con un caballo y dos pistolas y un nombre que nadie había oído antes, que podía ser tan ajeno como el caballo o las pistolas; vino buscando un escondite, y el condado de Yoknapatawpha se lo ofreció. Buscó la garantía de hombres prestigiosos que lo salvaran de otros forasteros que quizá llegarían un día a buscarle, y la obtuvo de Jefferson. También necesitó prestigio personal, el escudo de una mujer virtuosa para hacer inexpugnable su posición cuando llegara el día en que hasta aquellos mismos que lo acogieron se apartaron de él con desprecio, horror e indignación: fue mi padre, el padre de Ellen quien se lo dio. ¡Oh!, nada digo contra Ellen, pobre tonta romántica a quien disculparon su juventud e inexperiencia; ciega tonta romántica y, más tarde, ciega madre tonta, a quien ya no disculpaban la juventud ni la falta de experiencia, cuando yacía en su lecho de muerte, en aquella casa a cambio de la cual había sacrificado su dignidad y su paz; y no tenía a su lado sino a la hija que era ya como una viuda, sin haberse casado nunca, y que, tres años después, sería una verdadera viuda sin haber sido absolutamente nada; y al hijo que había repudiado el techo bajo el cual había nacido y que sólo volvió una vez antes de desaparecer para siempre, convertido en un asesino, casi en un fratricida. Mientras tanto, él, mons-

truo, criminal, demonio, estaba peleando en Virginia, allí donde había más probabilidades de librar al mundo de su presencia que en lugar alguno de la tierra: pero Ellen y yo sabíamos que volvería, que todos los soldados de nuestros ejércitos caerían antes de que le tocara una bala: yo era una niña apenas, fíjese usted bien, una niña, cuatro años menor que la misma sobrina que me fuera confiada, a mí se volvió Ellen para decir: «¡Protégela; protege al menos a Judith!». Sí, ciega tonta romántica, que no poseyó ni siquiera las cien millas de plantación que, aparentemente, impresionaron a nuestro padre, ni aquel caserón y la presencia de tantos esclavos, día y noche a su servicio, que reconciliaron (no diré impresionaron) a su tía. No: sólo la cara de un hombre que hasta cuando cabalgaba tenía un aire de arrogancia, un hombre cuyo pasado era un misterio o no podía ser revelado a nadie (ni siquiera al padre que habría de darle una hija en matrimonio); un hombre, salido de la nada, que entró en la ciudad a caballo, con un par de pistolas y un rebaño de bestias salvajes que había cazado solo; porque era más fuerte aún que ellas y se imponía por el temor hasta en el lejano país pagano de donde procedía, y el arquitecto francés, que parecía haber sido perseguido y apresado por los mismos negros...

»Ese hombre llegó aquí y se escondió, se ocultó tras un velo de seriedad, tras las cien millas de terreno que quitó a una tribu de indios ignorantes, nadie sabe cómo, en una casa del tamaño de un palacio donde vivió tres años sin una puerta, una ventana o una cama; pero dándole el nombre de El Ciento de Sutpen, como si se tratara de un privilegio real concedido a perpetuidad a su tatarabuelo: un hogar, una posición, una esposa e hijos que él aceptó (junto con todo lo demás como elementos indispensables al ambiente

de seriedad que le servía de escondite, como hubiera aceptado la molestia y aun el dolor de abrojos y espinas en medio de un matorral, si ese matorral le hubiera dado la protección que buscaba.

»No, no era precisamente un caballero. El matrimonio con Ellen, y aunque se hubiera casado con diez mil Ellens, no logró convertirlo en caballero. Tampoco quería serlo, ni que lo tuviesen por tal. No. No era necesario, sólo necesitaba los nombres de Ellen y de nuestros padres en un acta de matrimonio (o en cualquier otro documento que garantizase su seriedad) que las gentes pudieran leer; del mismo modo que hubiese exigido la firma de nuestro padre o de cualquier otro caballero respetable en un pagaré, ya que nuestro padre sabía lo que había sido el suyo en Tennessee y su abuelo en Virginia, y nuestros vecinos y las gentes que formaban nuestro círculo sabían que nosotros lo sabíamos y nosotros sabíamos que ellos sabían lo que sabíamos. Estábamos seguros de que creerían cuanto les dijéramos acerca de su origen, aunque mintiésemos; así como bastaba mirarle para comprender que mentiría si dijese de dónde venía, como lo comprobaba el mismo hecho de que jamás hubiese dicho una palabra al respecto.

»Ese mismo ocultamiento tras una aparente seriedad constituía prueba decisiva (si es que se necesitaban más pruebas) de que había huido del extremo opuesto a toda vida reposada, de un pasado demasiado turbio para que pudiese hablarse de él. Era muy joven. Frisaba en los veinticinco años, y un hombre de esa edad no emprende voluntariamente las asperezas y privaciones que significan desbrozar un terreno virgen y llevar a cabo una plantación por puro afán de dinero; al menos, un joven desprovisto de pasado tenebroso, del cual prefiere no hablar siquiera, en el

Mississippi de 1853, junto a ese río poblado de navíos cargados de borrachos estúpidos, cubiertos de diamantes y deseosos de perder hasta el último esclavo y el postrer fardo de algodón antes de que la embarcación llegase a Nueva Orleans... No, eso no era posible, estando el río a una noche de viaje a buen galope, y sin otro obstáculo que los otros rufianes, o el riesgo de ser abandonado en algún banco arenoso o, en último caso, de encontrarse al terminar el viaje con un nudo corredizo. No era ningún segundón salido de regiones tranquilas, de Virginia y Carolina, para colonizar nuevas tierras con un contingente de negros innecesarios en el hogar paterno; porque bastaba mirar a esos negros que lo acompañaban para comprender que no venían de Virginia ni de Carolina, sino de una región mucho más antigua y que nada tenía de tranquila. Y bastaba mirarle a la cara para saber que hubiera escogido el río, aun desafiando el riesgo del nudo corredizo, y lo hubiera preferido al camino que siguió, aunque hubiera sabido que había una veta de oro enterrada esperándole en esa misma propiedad que compró.

»No, no considero a Ellen más culpable que yo; al contrario, me inculpo a mí misma, porque tuve veinte años de tiempo para observarle, mientras Ellen sólo tuvo cinco. Y en esos cinco, tampoco pudo verlo, sino que oyó por terceras personas lo que él hacía y eso sólo parcialmente, ya que nadie se enteró de la mitad de las cosas que realizó durante esos cinco años, y la otra mitad no eran para ser contadas a una esposa, ni mucho menos a una jovencita. Se instaló aquí y organizó un espectáculo brutal que duró cinco años, y Jefferson le agradeció la diversión encubriéndolo hasta el extremo de que ni uno solo reveló a las mujeres de su casa lo que estaba sucediendo. Pero yo dispuse de toda mi vida

para observarle, ya que, en apariencia y por razones que el cielo no ha creído conveniente divulgar, mi vida concluyó en una tarde de abril, hace cuarenta y tres años, puesto que quien haya disfrutado de lo poco que pude llamar “vida” hasta ese momento, no puede dar ese mismo nombre a la existencia que llevo desde entonces. Vi lo que había sido de Ellen, mi hermana. La vi convertida en una reclusa, que miraba crecer a aquellos dos hijos condenados, a quienes ella no podía salvar. Vi el precio que tuvo que pagar por esa casa y ese orgullo; vi cómo expiraban sucesivamente aquellos pagarés sobre su dignidad, su tranquilidad y su alegría que había firmado aquella noche en que penetró en la iglesia. Vi cómo se deshacía la boda de Judith sin razón ni motivo, a la sombra de una excusa; vi morir a Ellen sin otro amparo que yo, una niña, a quien volverse en demanda de una protección para su hija; vi a Henry, después de haber repudiado su hogar y su primogenitura, volver un día y arrojar prácticamente el cadáver sangriento del novio de su hermana sobre el ruedo del traje nupcial de Judith; y luego vi volver a ese hombre, fuente y origen del mal que sobrevivió a todas sus víctimas, que había engendrado dos hijos no sólo para que se destruyeran mutuamente y aniquilaran su propia estirpe, sino también la mía; pues le prometí casarme con él.

»No, tampoco me acuso a mí misma. No me escudo en mi juventud, ya que en todo el Sur, desde 1861, no hay ser: hombre, mujer, negro o acémila que haya tenido tiempo u oportunidad de ser joven; otros nos han contado lo que es ser joven. Tampoco me escudo en el diario contacto: el hecho de que una mujer joven y casadera, en el momento en que casi todos los jóvenes que, en circunstancias normales, hubiera podido tratar, habían muerto en remotos campos

de batalla, viviera dos años bajo el mismo techo con él. No me excuso en las necesidades materiales: en el hecho de que una huérfana, sin bienes de ninguna especie, se haya vuelto espontáneamente no sólo en procura de protección, sino hasta del pan cotidiano, a su única parentela: la familia de su difunta hermana. Pero desafío a quien se atreva a acusar a una huérfana de veinte años, a una muchacha desamparada, por haber tratado no sólo de justificar su situación, sino también de reivindicar el honor de una familia en la cual la virtud de las mujeres no había sido puesta jamás en tela de juicio, aceptando una honesta propuesta matrimonial de parte del hombre cuya mesa se veía obligada a compartir. Por encima de todo, no me disculpo: yo era una joven que acababa de salir de un holocausto que me arrebató a mis padres, mi tranquilidad; todo; había visto destrozarse a mi alrededor todo cuanto significaba mi vida, y caer a los pies de unas cuantas figuras con forma humana, pero con talla y nombre de héroes; una joven, repito, obligada a vivir en contacto diario e ininterrumpido con uno de esos varones que (fuese cual fuese su pasado y las cosas que ella creyó o supo acerca de él) habían luchado durante cuatro años heroicos en defensa de la tierra y las tradiciones de la patria que la había visto nacer. Y un hombre capaz de tal cosa, por villano que pareciese, poseía a sus ojos, aunque sólo fuera por asociación con aquéllos, la talla y la silueta de un héroe; él también surgía del mismo holocausto que a ella la consumió, sin otra fortuna con que hacer frente al futuro del Sur que sus manos y la espada que nunca rindió al enemigo, y una citación de su derrotado general en jefe, por su indomable valor. ¡Oh, sí!, era valiente. Nunca lo he negado. Pero ¡que nuestra causa, nuestra vida misma, todas las esperanzas del futuro y el orgullo del pasado hayan sido pesa-